

Villa Grimaldi



Por Esteban Valenti (*)

Las palabras - y sobre todo los nombres -, pueden estar llenos de ironía de paradojas, de absurdos. Los conocedores del jet set internacional saben que los Grimaldi reinan sobre ese pequeño promontorio privilegiado que se llama Montecarlo. Algunos menos, saben que son descendientes de un pirata ganovés, pero casi nadie - fuera de Chile - sabe que ese apellido ilustre es el testimonio de uno de los peores centros de torturas y de muerte durante la dictadura chilena. Es una coincidencia siniestra nada más.

En una comuna popular de Santiago de Chile, Peñalolen trepada a la montaña y entre viñas centenarias están hoy presos algunos de los principales jefes de la DINA de Pinochet, entre ellos el general Contreras. Están presos hace pocos días en una unidad de comunicaciones del ejército, especialmente acondicionada para su detención. A pocas cuadras de allí está "Villa Grimaldi", o mejor dicho lo que queda de la destrucción operada por los militares y la reconstrucción de un parque a la memoria de los detenidos, los torturados y los desaparecidos.

La visitamos hace algunos días invitados por el alcalde de Peñalolen Claudio Orrego. No fue una visita fácil ni agradable. No lo sería para ningún ser humano, pero menos para los latinoamericanos, que encontramos jirones de nuestras historias en rincones lejanos de la geografía de muchos de nuestros países. Una historia trágica y compartida.

Hoy es un hermoso parque, con árboles centenarios, monumentos y una larga lista de nombres, una maqueta de la derruida villa y una torre de madera solitaria y siniestra. Una torre que recuerda los campos de concentración nazi y que señala como un gran dedo de madera el camino de los que no retornaron nunca. Esa era su última morada en jaulas ciegas antes de la oscuridad final.

Quedan en pie unas pequeñas habitaciones, donde las fotos de cientos de chilenos, de la misma edad, con los mismos cortes de pelo y miradas tan familiares a nuestros presos y desaparecidos. La misma generación. Y en una tierra de grande poetas, duele y conmueve encontrar dos breves poesías de nuestro Mario Benedetti escritas en el minúsculo museo de objetos personales y en un muro. Duele, porque todos hablamos del mismo horror.

El presidente chileno Ricardo Lagos, declaró ese mismo día al diario El País de Madrid: "Nos hemos atrevido a mirar la verdad sin esconderla debajo de la alfombra". Y la verdad es terrible. ¿Qué se puede agregar a todo lo que se ha dicho y escrito sobre tanto crimen y tanta cobardía?

Las anécdotas que nos relataba el presidente de la Comisión del Parque de los Derechos Humanos con sede en Villa Grimaldi, no son para repetir. Son pequeñas pinceladas de vida y de muerte, de heroísmo y de horror. Sacar conclusiones políticas e históricas sin caer en los lugares comunes no es tarea fácil.

Cuando se toca y se huele "el mal absoluto", la capacidad del fanatismo y del odio de herir en lo más hondo a otros seres humanos, de desterrar la compasión y el honor de los que llevaban el uniforme de la patria y se revolcaron en tanto crimen, es realmente difícil.

La justicia chilena ha sido lenta, pero está llegando, no hay duda que está llegando. Incluso el reo Contreras responsable del asesinato de Letelier y de buena parte del Plan Cóndor ha sido abandonado totalmente por los actuales mandos de las Fuerzas Armadas. Quiso resistir el arresto en su casa a la espera de la llegada de "refuerzos" y todo quedó en una parodia cobarde. Lo sacaron los detectives a empellones en medio del repudio de la gente.

El aniversario de la liberación de Auschwitz nos obliga a considerar a qué niveles puede llegar la maldad y la degradación del ser humano. Hay explicaciones políticas. Son las más racionales y descriptivas. Hay explicaciones psicológicas de cómo operar para reducir al ser humano a su condición más horrorosa. Los latinoamericanos sabemos perfectamente cómo funcionaron escuelas especializadas en combinar el adoctrinamiento político e ideológico con la maceración de las conciencias para formar torturadores y asesinos.

Hay otra dimensión, que no sabría como calificarla, no tiene un solo adjetivo, es la de la perversión y la hipocresía. En Villa Grimaldi los oficiales llevaban los domingos a sus familias, sus pequeños hijos a divertirse y a chapotear en la piscina a pocos metros de las celdas, de las salas de tortura, de la siniestra torre de madera.

Es cierto que las dimensiones del Holocausto son incomparables con los muertos de las dictaduras latinoamericanas, pero no sólo se trata de cantidades. El horror, la maldad, tiene otras medidas. En su dimensión, hubieron hombres, compatriotas nuestros que asumieron el papel de

carceleros, de torturadores hasta la muerte, de exterminadores. Y lo hicieron sistemáticamente, organizadamente, burocráticamente.

La máquina fue más chica, los motivos fueron otros, pero los engranajes singulares y del estado funcionaron de igual manera, sin límites, sin frenos y con órdenes y jefes precisos que programaron y ordenaron el horror.

Los uruguayos – la inmensa mayoría de los uruguayos –, queremos realmente dar vuelta la página, pero con honor, con dignidad y con memoria. Es cierto, votamos en un plebiscito, y si bien no nos convencieron, vencieron el temor y el poder. Pero el debate fue útil y necesario porque preservamos la necesidad y la obligación legal de la verdad.

Y la verdad más exigente y apremiante es sin duda sobre los desaparecidos. Principalmente para sus familiares, sus amigos y sus compañeros, pero también para toda la sociedad. No para cerrar heridas, porque hay heridas que son irreparables, pero para medicar el cuerpo moral de la Nación y el Estado.

También hay otras verdades que deberán estar siempre presentes. Por respeto a la historia – ese topo huidizo y veleidoso –, por consideración hacia las víctimas y para sanción moral de los victimarios. Por ejemplo, la verdad sobre las presas y los presos políticos, que en el Uruguay alcanzó cifras enormes. Sobre las torturas masivas, sistemáticas y aberrantes.

Vienen tiempos nuevos, cambios, otras mentalidades y otras prioridades. Se viene una mirada de futuro, con horizontes que partiendo de la mejor historia colectiva de todos los uruguayos nos proyecte hacia delante. ¿Por qué hablar de dolores y tragedias de hace más de dos décadas?

Porque el futuro sólo será pleno cuando esté lleno de memoria y de grandeza, que se construyen colectivamente. Esta es una sociedad madura y democrática que desterró la venganza y el odio, pero que no quiere pagar el precio ni la vergüenza del olvido y la complicidad.

Mirando desde la falda del cerro chileno, desde una villa donde el mal todavía está prendido de todas las cosas, se percibe la dificultad y el tortuoso camino recorrido. Lo nuestro no ha sido ni será fácil. Otra ironía: Peñalolen quiere decir en Mapuche: “encuentro de hermanos”.

(*) Periodista. Coordinador de Bitácora. Uruguay.